

Pequeña Historia de un Paseo: EL MIRADERO

En la ciudad, el paseo es una institución tan respetada como cualquier otra y un monumento, el único, que se visita diariamente y se enseña al forastero que llega en los coches renqueantes de la Estación, como el primer exorno, gala primeriza que viste la ciudad en verano. Es, poniendo ejemplos, el Ayuntamiento o la torre de la Catedral; pertenece a su esencia un tanto provinciana de cosas vitales...

Desde lo alto de una azotea que dominara toda la quebrada topografía de la ciudad, o encaramados como cigüeñas en las veletas que rematan las torres mudéjares, podríamos cada día contemplar un rosario de gentes en ir y venir de hormigas humanas, que salen de plazuelas, asoman de recónditos patios o bajan escalinatas de Iglesia, y van perdiéndose en el laberinto de construcciones, en esta selva arcaica...

Todas, como en esos juegos de periódico infantil, que hay que buscar al cazador perdido o salvar al ahogado, van a converger a un mismo punto, y entonces el espectáculo desde las torres y azoteas sería, siempre repetido y siempre inédito, una marea humana ascendente, río de murmullos de seda y gasas limpias en frotar con los cuerpos, que sube y crece como levadura, y desemboca al escenario que se había quedado solo, en la penumbra, en un mutis total de personajes, llenándolo otra vez, y en escena van apareciendo, una a una, con máscaras y coturnos, como en una tragedia de Sofocles, los «dramatis personae», y una vez lleno el escenario de sonidos y sensaciones, no sé por qué mi subconsciente o lo que sea, me juega una pesada broma y ante mí aparece, quimérico, «El Carnaval», de Solana.

El Miradero tiene sus horas distintas, turnos diferentes para cada escalón humano y a cada uno, como un médico caro, le da su hora y le hace sentar por un tiempo determinado en sus bancos o recorrer su superficie poco a poco, y él pone caras nuevas para nuevos paseantes que llegan.

Lenta, espaciada, la tarde de verano se va derritiendo en sudores, y cuando ya el sol ha bajado de pedestal rojizo, el Miradero abre sus puertas de par en par y espera, impaciente, a que los niños le vayan a besar. Son los niños, la infancia, su primera visita. Después de la merienda, una pequeña caravana de niñas con niños al lado, alegría las bocacalles como una ronda juvenil, y cochecitos, niños y niñas, dan su saludo al paseo, que los recibe «alegre y confiado». Ellas buscan la «sombrecita» de siempre, de todas las tardes, donde haya soldados, y se llevan al cochecito con el bebé dentro, que será testigo mudo de esas conversaciones bucólicas, a modo de idilios pastorales sin pulimentar, en los que ellos, heroicos varones, poco duchos en lides amorosas, irán formulando, pesadamente, tartamudeantes sus toscos requiebros, que ellas agradecerán con un mohín picarón lleno de ruralidad. Los árboles del Miradero

mecen sus hojas al viento riendo y le cuenta luego todo.

Mientras, los niños se han unido en leal fraternidad y ensayan temas bélicos en la arena: unos son los coreanos del N., otros los del S., y convientan al banco en el Paralelo 38; pero lo malo es que hay tres chiquillos que aspiran a Mac Arthur, hasta que otro les dice que a Mac Arthur lo echaron por malo, que lo sabe su padre. Y la sapiencia paterna al ser puesta en duda por los demás, provoca el combate en el que unos se arrojan arena a otros y se revuelcan por detrás de las «alambradas». La batalla ha terminado y el campo aparece sembrado de niños que salieron de blanco y están de un «amarillo deslucido»; pero volverán a producir aviones y a bombardear la calva del señor viejo, que apoyado en su bastón, mira sin ver el horizonte montuoso. Rayos de sol y risas frescas, chiquillos toreros y generales jubilados con su eterno bastón, trazando rayitas en la arena, como si pretendieran descubrir el jeroglífico de su vida, que sólo es ya nombre a máquina en papel listado... Amas lacias y secas, que se sienten señoras de sí mismas, madres sin serlo; castillos de arena seca desmoronados y un ir y venir de edad temprana, con cubitos en la mano como de jornaleros activos. Esta es para mí, la mejor hora que ve el Miradero, horas sin problemas, de escenario casi bíblico poblado de felices ignorancias en la que todo el mundo juega a que el Miradero parezca un Belén sin Herodes y en que el mayor pecado es ensuciarse las manos...

Tras este plácido preludio se va llenando el paseo lo mismo que un globo de Feria. Llegan de la novena y el rosario, madres que buscan la caricia del último fruto, y con el velo aún, entran en la casa del Guardia a pedir una silla; buscan amables ranchos sombreados y forman la tertulia habitual, sacan los aparejos de costura y se van mezclando en las agujas las notas veces afiladas de una crítica que degenera en murmuración y los sucesos provincianos caen de sus bocas envueltos en tejidos más o menos podridos; son interrumpidas de vez en vez por unos ayes que conocen o por súplicas importunas de los retoños. La madre se levanta con el niño de la mano, se va a un rincón y lo tapa con su cuerpo mientras sigue haciendo punto, luego los tendrán que arreglar las ropas y mientras vuelven al sitio, piensan que ya habrán sido sacrificadas en ese ruedo mortal que forman las sillas de espadaña. Después, como en una danza ritual, el paseo se puebla, es la «hora de todos».

Carrusel giratorio, salón con palmeras sin hojas - palmeras erectas de tronco verdoso, que bifurcándose en su final estallan en luz en lugar de frutos, y una tras una siguen así hasta el final, como la espina dorsal del paseo, columna vertebral eléctrica a la que muchos chicos se agarran en contacto voluntario, para probar la sensación de sacudida, que querrán —¡oh maldad de microcosmos!— transmitir de mano en mano al paseante.

(Yo añoño aquella caseta, en cuya terracita tocaba la música algunos domin-

gos, más que por eso, porque era como un pequeño gimnasio con sus escaleras metálicas, y sus plataformas con barrotes verdes, en las que gustábamos de dar saltos y vueltas mortales, jardín de volatinería infantil y feliz refugio de «contrabandistas y ladrones». Hoy los niños no pueden jugar al escondite)...

Entremos de lleno en el mar de gente y «demos una vuelta», mezclémonos en esa zarabanda turbulenta en la que nadie se marea, pero antes de entrar en el paseo se observa un pretil, el rabo del paseo, que es el trozo de barandilla en la cuesta que sube de la Vega, en la que día a día, y unos junto a otros, toman asiento viejos sin sol, clérigos de olla y puchero, que convivieron en esa cola de dragón erizada de pías metálicas y respiran a medias la brisa con olor a cieno que sube del tajo, viajeros los últimos de éste viaje y los primeros para el otro.

Entramos y nos detiene con su pregón la botijera que dice haber llenado su barro blanco del aljibe escondido, bebemos y le pagamos en una calderilla que ella guarda en la mano ya sucia del contacto con las «perras»; el hombre de al lado tiene ya una faltriquera en la que va echando las monedas. Esta es la líquida bienvenida del paseo, refresco barato que ofrece el Miradero.

Andemos y a poco un chiquillo nos extiende la mano sin hablar, bisbisea en su boca entreabierta una retahila y nos acusa hasta sacar la perrilla o una exclamación mal contenida de... ¿? Sigamos, pero cuidado, en carrera loca, nos atropellan dos arrapiezos uno en pos del otro, y por detrás una señora con un cochecito nos pedirá permiso para «pasarnos» como si fuera un autobús de viajeros. Lo que más observo, subiendo desde las corbatas chillonas, son los gestos, las actitudes de los paseantes: el noventa por ciento son «pensadas», pero es una premeditación casi irreflexiva (y esto, aunque a primera vista lo parezca, no es una antinomia); en ese porcentaje se influye al joven que se mete la mano en el bolsillo y la vuelve a sacar al rato sin saber lo que hacer con ella o a la chiquilla coqueta que se atusa el pelo y lanza miradas oblicuas, de lado, como las que vió en la última proyección de Eva Gardner. Se nota la influencia del «cine» en la mímica del paseante. Con nuestros codos abrimos paso en esta jungla humana y pasa rauda a nuestro costados una legión de tempranos Tenorios, persiguiendo con piropos groseros a un grupo de chicas con vestido nuevo; ellas en el fondo lo desean aunque los amonesten —riendo— a marcharse de allí. Y luego solemne, con paso quedo, por el centro del paseo, el pedante gomo, el fatuo jovenzuelo de corbata con nudo hasta el gonzate, perfecto, inmarchitable, estirándose la chaqueta para evitar arrugas, hace de pavo real en este concierto de animalidades (y digo animalidades, por lo impensado, irreflexivo de todos sus actos; reflexión y premeditación hecha irreflexión por la habitualidad).

PABLO GARCÍA MANZANO